Patrocinado por la Institución Cultural "El Brocense"

CURSILLO DE INICIACION A LA DANZA, POR JULIA CHIQUINQUIRA NAVARRO

Patrocinado por la "Institución Cultural El Brocense", se ha celebrado en Cáceres el primer curso de iniciación a la danza. Fue dirigido por la profesora de ballet Julia Chiquinquirá Navarro, quien empezó en la academia de danza de Ana María Hernando, en Cáceres, para seguir estudiando ballet en Madrid y Barcelona con prestigiosos bailarines. Y ha consistido en un intento de dar a conocer este arte, desmitificarlo como cultura para minorías. Para Julia Chiquinquirá el ballet debe ir a una gran masa de gente, a la que gustaría, pero que por condicionamientos sociales no puede conocer.

El curso se ha basado en un estudio de la danza a través del tiempo, de las distintas escuelas y de los primeros pasos de ballet clásico.

Programado en un primer momento sin limitaciones de plazas, hubo que limitarlas ante la enorme cantidad de inscripciones y de las plazas del local donde se impartía. Se han programado otros para el período de Septiembre y Octubre. La gran asistencia, así como la diferencia de edades, es muestra del interés, y no sólo de la juventud, que despierta el ballet en los cacereños.

Así, la esperanza de Julia Chiquinquirá es, con la ayuda de la Institución Cultural "El Brocense", programar una serie de cursos por los distintos pueblos cacereños.

Este tipo de actividades culturales, de las que carece la provincia, es una labor interesante, por lo que supone para la juventud, a la que la falta de oportunidades crea un vacío en su educación cultural. En palabras del director de la Institución, Joaquín Hurtado Simón, esta debe desarrollar una labor no sólo en Cáceres, sino en toda la provincia, de forma que todo este tipo de actividades lleguen a todas las localidades cacereñas.

PEDRO DE LORENZO EN «EL BROCENSE»

Una vez más la Institución Cultural «El Brocense» abre sus puertas a las letras. En esta ocasión para la poesía o, mejor, para la prosa poética que viene de la mano del escritor extremeño Pedro de Lorenzo, quien fue presentado por el poeta Angel Sánchez Pascual.

Como extremeño que siente la tierra que le vio nacer, Pedro encabeza su denominado «Discurso de gracias y aviso a la muerte», diciendo:

—Hay no poco de Extremadura en mis libros. Cinco mil páginas, según la cuenta generosa de Angel Sánchez Pascual. Extremadura existe. Yo soy Extremadura.

A lo largo de su «Discurso» el escritor cita algunos lemas de antepasados literarios que trataron el tema de la muerte, porque también él se lo plantea con temor, pero con agradecimiento:

—Agradezco de ella la paciencia, ese haber guardado el final de mi jornada, su paso inaudible, sin edad.

Y recordando sus cuatro series publicadas, «Libros de la Vocación», «Los descontentos», «Memorias de la tierra y los muertos» y «Los Adioses», Pedro de Lorenzo nos confiesa que huye de la idea de catalogar sus libros como género, porque el género es el autor.

Recoge el volumen «Libros de la Vocación estos siete títulos: «La Quinta Soledad» (1943) (obra que pretende, por los caminos del relato, idealizar una emergencia de guerra: la cárcel inmotivada); «...Y al oeste Portugal» (1946). «Extremadura, la fantasía heróica» (desde Extremadura que es para el escritor como una fantasía en cuatro actos: Mérida o la romanidad, Badajoz, reino moro; Cáceres, señorial; Trujillo, expansivo. Es el proceso de creación de Extemadura que el autor define como la creación heróica). «Viaje por los Ríos de España». (Obra que recibió el Premio Nacional de Literatura y el premio Alvarez Quintero.) A continuación escribe «Fray Luis de León», al que la Academia española considera el premio Fastenrath. En «Capítulos de la Insistencia» Pedro de Lorenzo habla de las letras extremeñas en su hora romántica.

El tomo cuarto, último de su obra es «Los Adioses», en el cual el escritor dice adiós sucesivamente a la oratoria, los premios, la política, la Semana Santa de aldea, que son los respectivos temas de «Elogio de la Retórica», «La medalla de papel», «El libro del Político» y «Letra para un pasionario».

Hay algunos títulos más: «Fortuna de Reveses», «Círculo de la amistad» y «Diario de la mañana».

El escritor extremeño termina su «discurso» afirmando sin arrogancia que su obra está hecha y que si la hermosa acompañante, hermosa aunque de largos dedos marmóreos, se le acerca y discretamente le toma del brazo, él no desfalleceria, pues su obra ya no le necesita.

E. T. N.

Se llamaba Extremadura y llevaba mucho tiempo tras aquellos cristales, viendo cómo las demás pasaban. Su postración venía de lejos, parecía definitiva y durante aquellos larguísimos años tras la ventana, había desarrollado notablemente el sentido de la observación y había elaborado profundas teorías sobre el movimiento. El movimiento era su obsesión y no lograba comprender cómo sus piernas pudieron responder ágiles a los caprichos de su cerebro. Cerraba los ojos, se concentraba en ellas y las ordenaba moverse, pero las piernas eran sordas... o tontas. Movía las manos acompasadamente e intentaba sorprenderlas con órdenes violentas e inesperadas, pero sus brazos obedecían con precisión. El misterio del movimiento desde aquella silla de ruedas, permanecía inalterable.

—¿Por qué mis manos no hacen vida propia como mis pieras? ¿Por qué permanecen atadas al arbitrio de mi cerebro y no caen en rebeldía? ¿Por qué mis piernas son tan insensibles, tan reacias al movimiento?

Muchos, compadecidos de su postración, intentaban consolarla hablándole de sus antepasados, haciendo historia y recordándole que uno de sus predecesores, incluso había ganado a la carrera pruebas maratonianas. Pero ella no lograba salir de su decaimiento. Se inventaron remedios e incluso se la sangró quedándola casi vacía por dentro. Se la sangró casi hasta el límite y luego necesitó transfusiones. Incluso sangre, aunque ya muy usada, le llegó del extranjero. Y sus venas incapaces de soportar el torrente de energía, estaban a punto de explotar. Cuando los habitantes del pueblo se dieron cuenta de que no lloraba por llorar, mandaron unos cuantos doctos y afamados cirujanos que la recetaron cosas a muy largo plazo. Por lo que decían, el remedio era muy escaso y lo necesitaba mucha gente. Hablaban de epidemias o algo así y con promesas que la hicieron sonreír, gastando casi sus últimas energías se marcharon.

Y otra vez quedó sola. Otra vez en aquella tela de araña cada vez más espesa, más tupida, más oscura e irrespirable. Con todo, había llegado a una, para ella, rotunda conclusión: «el movimiento es vida, lo estático, lo paralizado es muerte». Luego llevaba sus reflexiones hasta la barrera del paroxismo, torturándose con conceptos de vida y muerte.

—El movimiento es vida, y así, yo tengo media vida, proque tengo medio movimiento. Medio movimiento, media vida, media muerte sobre mí. Pero la vida y la muerte no admiten medianías; se está vivo o se está muerto, ya que vida y muerte son dos extremos insociables que no admiten reconciliación. ¿Cómo arrancarle a la muerte su parte, para cedérsela a la vida? ¿Cómo ensanchar mi muerte anulando mi mitad de vida? ¿Cómo romper la barrera?

Movimiento, vida y muerte constituían el triángulo de su solitaria existencia y ese «ser vida o ser muerte» tenía para ella unas raíces tan profundas, complicadas y filosóficas como las del mismísimo Hamlet.

—¿Quién es el aventajado, el que goza de plena vida y plena muerte o el que siente sobre sí muerte y vida a la vez? Yo estoy viva y estoy murta y conozco los dos terrenos. Mi vida y mi muerte, las llevo sobre mí en armónica armonía.

Se pellizcaba las piernas y no sentía nada. Se punzaba las manos y sentía la dulce vitalidad del dolor. Y seguía con sus monólogos animándose a sí misma.

—Mi vida y mi muerte están separadas en la frontera de una vértebra, conviviendo y conmuriendo a la vez. ¿Empieza la vida donde termina la muerte o la muerte comienza donde termina la vida?

Era mucho tiempo de postración y son muy largos los días sin movimiento. «Del sol a la sombra, como péndulo acompasado». De todo y con todo, tras aquellos cristales, mientras veía pasar a las demás, sus interrogaciones cambiaban de dirección y su cerebro trabajaba lo que sus piernas no podían.

—El movimiento es vida. El movimiento es muerte. La vida es quietud. La vida es... muerte. La muerte...

Le dolía la cabeza, la vista se le iba y todo giraba, giraba, giraba. Se quedaba dormida unos... ¿minutos?, ¿horas?, ¿semanas?, ¿siglos?... El tiempo pasaba y su postración ganaba terreno. El despertar era el mismo: la misma silla, la misma ventana, el mismo decaimiento. Todo lo mismo. A veces apretaba con violencia su parte muerta intentando insuflarle con la presión un poco de aliento vital. Otras quedaba su parte viva en completa quietud, intentando llevar a ella sensación de muerte. Y siempre acababa cansada, aburrida. Su parte viva y su parte muerta, no admitían mezcolanzas ni influencias mutuas.

De vez en cuando llegaban otros doctores que habían ocupado el puesto de los anteriores ya muertos, y renovaban las